LA POSICION DEL HOMBRE EN EL UNIVERSO

Franco Lombardi

Toda civilización se caracteriza por el hecho de que en el centro más recóndito de sus diversas manifestaciones, desde las de su vida económico-social a las de su representación artístico-religiosa, se da una diversa relación del hombre con el universo.

Lo que caracteriza al mundo griego es que los individuos y el hombre están en el centro del cosmos. En Delfos, ante la cadena de montañas sobre la cual las Horas corrían de vez en cuando la cortina de los Dioses, no muy lejos del mar, se ve todavía la piedra que representaba el ombligo del mundo. La ciudad misma de Atenas está en el centro de una meseta rodeada por una exedra de montañas, delante del mar sobre el que se extendía su comercio enlazando diferentes civilizaciones y ciudades. Posición similar puede apreciarse en la fundación de todas las ciudades griegas, como consagración, en la ubicación misma de la ciudad, de la posición central de un pueblo que se ve a sí mismo en el centro de un cosmos reglamentado por el hombre.

La ciudad sagrada griega, de Eleusis a Delfos, nos aparece vinculada, casi aferrada, a la tierra, que también es sagrada. El mismo teatro griego está excavado en la cavidad del monte; mientras que la cavea y el teatro romano, de ese pueblo cuya figura epónima fue el civis, ya son obra y construcción del hombre. Así, las solas creaciones de Roma en el mundo del arte son en este caso más bien una utilización en el campo de la arquitectura civil, que una verdadera creación, y fueron, con el arco y la bóveda, la basílica y el foro, una construcción particularmente dirigida a la societas hominum.

En tiempos sucesivos, la "piazza" itálica atestigua, incluso hoy, el gusto de un pueblo cuyas casas se enfrentan la una a la otra como en visita, y al mismo tiempo la cúpula atestigua la armonía y casi la ósmosis del individuo con su prójimo, y del hombre con su ambiente. Esa cúpula lo atestigua dondequiera se encuentran unidas la la inidad, el catolicismo y la costumbre humana y cordial del vino, contra la bárbara de cerveza y Schnapts, o la del whisky, herencia puritana de un pueblo que necesita el latigazo para salir de la soledad del individuo. En frente de la "bella d'erbe famiglia e d'animali", por lo que la familia meridional de los santos es consagración y casi continuación de la terrena, el campanario gótico repite el aislamiento del hombre respecto al mundo de un pueblo en cuyo concepto el individuo se vincula a Dios antes que a su prójimo (Gott mit uns), y expresa en lo absoluto, del imperativo categórico y en la trascendentalidad de la música el carácter metafísico de un pueblo para el cual fiat justitia pareat mundus, y para el cual la mente no conoce lo que los pies pisotean: el hombre vive para trabajar más bien que trabaja para vivir, según el lema que es la base de la fiebre calvinista del trabajo: verzweifelt zu arbeiten, um nicht verzweifelt zu sein, trabaja desesperadamente para que no te entregues en poder de la desesperación.

Este lema salió de la cabeza pero no de la sangre de la civilización americana de hoy: el rascacielos atestigua, como heredero del antiguo campanario gótico, el carácter de una civilización que es una segunda naturaleza, construída por el hombre,

pero que no es la naturaleza. Así el hombre vive en América situado en un continente, sin que éste sea al mismo tiempo, como en la vieja Europa, su tierra, hecha humana y humanada ella misma como humus. Así, la ciudad americana aparece arrojada hacia la desembocadura de un río o a lo largo de la cabalgata hacia el occidente, in die Welt hinaus geworfen, sin una posición central (y me atreviera a decir especulativa) como la ciudad griega: y eso atestigua, no sólo el carácter empírico y no especulativo de un pueblo, sino también la naturaleza de una sociedad arrojada hacia el porvenir o el espacio, y que por eso no tiene o no hace historia, aunque viva en la misma tierra diez veces más tiempo que las ciudades de la Magna Grecia. Por eso la dimensión de Europa es el tiempo, o la historia, mientras la dimensión de América es fuera del tiempo, en el poder y la acción, es decir en el espacio.

¿Existe hoy alguna señal de que surja en el mundo la forma de una civilización nueva?

La crisis del arte en nuestro tiempo es señal de la conclusión de una civilización que de Atenas y Grecia llega, por alternados vaivenes, hasta el impresionismo y la primera guerra mundial, y es a la vez el quebrantamiento de la civilización de la forma, que caracterizó así el arte de aquella civilización, como la especulación que arrancó de un Platón y de un Sócrates, hijo de un alfarero.

De parecida manera, la crisis de todo el ordenamiento político-cultural representa la mutación estructural de una civilización y atestigua a la vez el quebrantamiento tanto de las categorías históricas como de las filosófico-culturales; en fin, una mutación de la posición del hombre en el universo.

La especulación que surgió en Grecia con Platón y Aristóteles, y cuyas categorías valieron ayer y valen hasta las corrientes actuales del pensamiento, contra las precedentes civilizaciones orientales sancionó el dominio de la racionalidad del hombre, que se estableció con la civilización marinera y artesana de Atenas, a partir de Pericles. Sin embargo, sancionó el dominio de aquella racionalidad a la manera como ésta se presentó a los Griegos: predominio de la cabeza sobre los impulsos más oscuros y ocultos del cuerpo; y a la vez sancionó el dominio de la clase de los señores e intelectuales sobre la de los trabajadores. Eso caracterizó una sociedad en que el trabajo de los esclavos sólo se dirigía a proporcionar el sustento a una minoría, para que ésta pudiera dedicarse en el otium, al cultivo de las artes llamadas liberales, con un término clasista avant la lettre.

Que semejante estructura político-sociológica haya impreso su imagen en el mundo de la representación ideal, se muestra en el hecho de que, miles de años después, Kant nos habla del origen noble de los conceptos racionales a priori de la razón, frente al origen vulgar de la experiencia de los sentidos (1). Parecido vínculo de la experiencia o de los hechos con las corrientes político-sociales de la renovación y revolución se perpetuó a lo largo de los siglos, donde la especulación pareció identificar la validez de las proposiciones del pensamiento, o de las de la práctica, con la metafísica de una realidad hipostática de lo universal'—de la razón, de la moral o del Estado—, es decir con la del orden constituído. Donde al contrario cae o va desapareciendo, con la sociedad americana, la división de las clases y casi la separación antigua de las castas propia de la antigua Europa, allá se derrumba a la vez, con Dewey, la especulación de lo "a priori". A Hegel, le era todavía posible en la Jena de 1807 ver el "Espíritu del mundo a caballo". Una representación de este género ya no es posible en el New York de hoy y, menos aún, en Chicago.

⁽¹⁾ Véanse los par. 8, 9, 10 de la Antropología: Crítica de la razón pura, 1781, pp. IX, 66, 86, 316. Véase además mi Commento alla 'Critica della ragion pura' (La filosofía crítica, II), Roma, 1945, p. 75 y siguientes.

Desde el tiempo y la sociedad de Bacon, el camino del pensamiento moderno ha consistido en un ataque más y más directo y radical contra esa representación antigua del pensamiento del hombre. El siglo XIX particularmente representó la negación, y más a menudo el derrocamiento, de ese dominio antiguo de una cabeza separada del cuerpo, que se había ido acentuando a través de la estática sociedad de la Edad Media, y se refundía ahora en las formas más o menos ideales de una 'rebelión de los esclavos' contra la razón. El mundo griego enseñó, todavía con límites que eran los de la sociedad griega, el dominio de la razón, junto al de la cabeza sobre el cuerpo. La sociedad medieval representó en el mundo del pensamiento, así como en el político-sociológico, un orden cuspidal, en que a la jerarquía de Dios, del soberano, y de mano en mano, a través de los feudatarios, de los siervos de la gleba, correspondía la de la revelación o religión, de la filosofía o de lo a priori, y de mano en mano, a través de las diversas investiduras de las formas, de la experiencia particular o sensible. Desde el mundo moderno empieza la erosión y a la vez la subversión de un orden semejante. La época de que tratamos se caracteriza por la pérdida de sentido o el derrumbamiento, tanto de las categorías político-sociológicas del siglo XIX, como de las categorías y antinomías de la especulación tradicional.

Es muy natural que, a partir de Copérnico, existan nostálgicos de ese orden antiguo, que se vio en la estructura cuspidal de la Edad Media. El hombre, en el mundo del pensamiento como en la sociedad, no ha vuelto todavía a encontrar su equilibrio, como si todavía le faltase, con la noción de un "arriba" y un "abajo", la noción antigua de una Verdad y un Valor absolutos, en cuanto no relacionados o absoluti de las relaciones de tiempo y lugar. Esto trae consigo la tarea del hombre, en la filosofía antes aún que en la sociedad, de reponerse en pie, recobrando una con-

ciencia actual y moderna de su posición en el mundo.

El arte cuya paloma parece haber hallado la primera tierra de promisión, es la arquitectura. Con intuición sintomática de su relación con la época se ha llamado técnica de la urbanización (urbanística), en consideración de la diferente relación de la arquitectura de la época individualístico-liberal con las categorías del espacio y tiempo según nos las presenta Kant. ¿Implica esta arquitectura que ya el hombre haya descubierto una solución nueva de la relación del individuo con lo universal? No trae consigo sólo la ruptura con el pasado, que en una medida parecida se presenta hoy por primera vez en la historia de la humanidad. Basta con pensar que sólo hace unas decenas de años se fundaban las ciudades mirando atrás, hacia las obras maestras del arte antiguo. A la vez, la nueva arquitectura ya no tiene la intimidad humana de la cúpula y del barroco.

Pero además, parece implicar una superación, ya actual, de la forma de la ciu-

dad típica del siglo XIX.

La crisis que el hombre de hoy padece depende en gran parte del hecho de un aumento en la velocidad, sin que le haya correspondido una mutación correlativa en la medida del espacio. La dimensión de la ciudad antigua era correlativa a la medida de la velocidad del peatón o del caballo; en ella nosotros hemos introducido la velocidad del automóvil, y además el teléfono, la radio, la comodidad y a la vez el tormento —sobre todo el estruendo— de toda clase de máquinas, sin ensanchar adecuadamente la distancia entre las calles, las casas, y los individuos.

La imagen de las ciudades nuevas que nacen, de Los Angeles a Nueva Delhi, implica una transformación en acción del concepto de ciudad. Al mismo tiempo, no siempre nos damos cuenta adecuadamente del hecho de que la ciudad, en su figura actual, es una consecuencia de la concentración alrededor de fábricas, que se produjo en el curso del siglo pasado. Las construcciones maravillosas y la civilización de los palacios grandes o pequeños de la provincia, en que ahora a veces encontramos colocadas las oficinas de la sección de policía o las de la administración de rentas, dan

testimonio de un tiempo en que la vida todavía no se había retirado o recogido en la ciudad, y a la vez todo el pueblo era caballero. Este curso, que se cumplió fundamentalmente en el siglo pasado en favor de la ciudad contra el campo, ha persistido en el curso de los últimos decenios en favor de la capital en comparación con las ciudades menores, más y más envilecidas a la condición de provincia. Es muy posible que ya haya empezado la inversión de ese curso. Este desarrollo está condicionado por el desarrollo de la técnica, a partir del traslado de la masa de los trabajadores hacia el centro industrial, y ya no de la fábrica hacia la ciudad. Podrá favorecerlo, no sólo la invención de nuevos medios de comunicación, del helicóptero a los vehículos a cojinete de aire, que parecen abolir las carreteras, sino también el perfeccionamiento de los procedimientos nuevos de la producción, del automatismo a las nuevas formas de la energía, que pueden tener por consecuencia la quiebra de la necesidad de grandes aglomeraciones de masas obreras, contribuyendo así al restablecimiento de una relación más armónica del individuo con la naturaleza y del hombre con su ambiente.

La posición fundamental, die Einstellung, del hombre en nuestros días parece sernos ofrecida por la nueva experiencia, respecto a la situación psicológica de nuestros padres, o tal vez también de los primeros años de la generación que precede a las grandes guerras mundiales, de que el individuo no es más que un individuo entre tres mil millones de seres humanos. Esta situación parece traer consigo, no sólo una privatización del hombre y sus intereses, sino también una relación nueva del individuo hacia lo universal.

La situación de la generación antes de las grandes guerras mundiales era la de un individuo de *eingebettet*, acogido a la vez protegido, en el seno de grandes organismos nacionales, que representaban cierta cultura, y a la vez una tradición, con su *standard* moral de valores.

El individuo que nacía y se educaba en ese ambiente y con ese fundamento, se educaba con la perspectiva de un trabajo determinado, que muy frecuentemente era también el de sus padres. Como escritor, producía y pensaba sobre la base de una cultura cuyas raíces antiguas se hundían, mediante una genealogía precisa y sancionada, en la tradición del pensamiento greco-romano-cristiano-europeo-occidental, cuyo desarrollo parecía deberse prolongar a lo largo de las mismas líneas, aunque para llegar, como en Marx, a su conclusión. En este sentido, Marx no es un revolucionario, sino que se mantiene en la tradición del pensamiento europeo.

El hecho que parece haber destrozado esa situación es ofrecido con las guerras, pero además por la caída de las barreras de civilización y raza, además de las nacionales. En efecto, lo caracterizan, no tanto una caída de los valores tradicionales, cuando una interferencia y confluencia de los diversos sistemas de valor. En cierto modo, los ríos y las corrientes de las diferentes civilizaciones, que hasta hoy siguieron sus cauces propios, aunque se hayan comunicado entre sí en lo más profundo mucho más de lo que aparecía a nuestros ojos de ciudadanos de las naciones del siglo XIX, han confluido de improviso, a causa de las guerras y a la vez a causa de las nuevas comunicaciones de masa, de la ampliación de las dimensiones de las empresas, en fin de la superación del Estado nacional, en el gran mar de la humanidad.

Económicamente, la empresa que había traído con la revolución francesa la rescisión de los viejos vínculos, y primeramente se había organizado según el sistema individualístico-liberal, en el plano nacional y en el de las naciones, adelantando luego, después de las conquistas coloniales y en el intervalo entre las dos guerras, los experimentos de las zonas de influencia de los espacios vitales, supera, por medio de los carteles y del imperialismo financiero, el ámbito de la nación, y alcanza así, en política y en economía, una nueva dimensión: el continente. El hombre adquiere entretanto el dominio de la naturaleza al mover de su sitio ríos y montañas, apoderarse del misterio de la estructura del átomo, reglamentar la economía por medio del

automatismo de la producción y la guía de la máquina en lugar del esfuerzo del brazo y del sudor de la frente. El Cristianismo parece haber muerto en el momento en que el hombre ya no aparece condenado, como por un pecado original, a trabajar con dolor. Políticamente, la consecuencia más notable de esa revolución parece suministrada por el asomarse de nuevos continentes a la escena política y por el fin del colonialismo. Ese fenómeno abarca también la renovación de civilizaciones antiguas como la de China (y tal vez también la de India), y el presentarse en la historia del mundo de aglomeraciones nuevas o renovadas como las de la URSS, de China, de India, por una parte, y de los EE. UU. por la otra, que representan por sí solas la mayoría de la población existente en el mundo y ya deciden en efecto, y más aún podrán decidir en el porvenir, el destino de la humanidad en sus próximos desarrollos. Las dificultades del parto no permiten ver aún cuales sean las facciones del que va a nacer. Pero todo permite prever que a medida que se construya la nueva sociedad, ésta no se parecerá a ninguno de sus padres, o mejor dicho, se parecerá a los dos por el fenómeno, ya conocido en el matrimonio, de que los padres van a parecerse más y más entre sí. Si la sociedad rusa parece evolucionar, con la formación misma de una nueva estructura socialmente diferenciada, hacia la descentralización de los centros de producción y gobierno (2), la sociedad americana evoluciona rápidamente, contra el ideal que todavía pregona de la iniciativa del individuo, pero en conformidad con un carácter que ya era ingénito en su estructura sociológicocultural (3), hacia una democracia de masas.

Sin embargo, la mutación más radical, aunque no siempre llegue a la conciencia de sí, parece darse en el comportamiento de los espíritus. Al mismo tiempo, con la socialidad de la nueva democracia de masas, parece darse el aislamiento del individuo. Por otra parte, la soledad del individuo en la sociedad y el mundo moderno, no menos que los nuevos medios de comunicación y propaganda, es origen de una nueva psicología de grupo de las nuevas generación y sociedad, no sólo contra la autonomía del individuo, sino también contra el 'espíritu de crítica' de la época que fue llamada liberal.

Por cierto, hay muchas causas del conformismo de la sociedad y la generación nuevas. El instinto gregario de conservación siempre fue fuerte. No hay que hacerse la ilusión de que no aparezca en una sociedad nueva, aun cuando ésta se presente como revolucionaria; a veces uno lo encuentra precisamente en este caso: los individualistas de la revolución, las 'primeras células' o los 'precursores', se eliminan, y substituye la generación nueva de los 'funcionarios'. En la más amplia escena del mundo, el desarrollo de clases más amplias, el advenimiento de la masa, sólo ha traído una contribución nueva al instinto gregario de la sociedad. La estandarización, tanto de los productos como de los procedimientos de la producción, facilita la generalización de gustos, ideas, reacciones. En una sociedad artesana, cada individuo juzga con su cabeza, reacciona según criterio, afina los instrumentos de discriminación y crítica, es celoso de su autonomía. En una ciudad en que, con las vacaciones de la industria principal, media población afluye a los montes o al mar, en el curso de pocos años las vacaciones son 'organizadas' según la routine de los autobuses que descargan la muchedumbre de los excursionistas por quince días en los restaurantes con sus

Milán, Soc. ed. "Avanti!", s.f. pero 1945, cit., p. 45 y passim.

(3) Se me permitirá una remisión a mi escrito: "Societá e filosofia. Il mondo americano, al comienzo del volumen, de varios autores, El pensiero moderno in America (Universita internazionale G. Marconi), Turín 1955.

⁽²⁾ Se me permitirá que me refiera a unas páginas de un ensayo, ya escrito durante el período clandestino, sobre el fundamento de la bibliogra ía, particularmente inglesa, de que entonces disponía, la cual sin embargo consentía desde entonces un juicio sobre tendencias actuales en el desarrollo de la sociedad ruda: F. L. Cento anni di insegmento socialista, Roma-

mesas ya listas para el menú a precios fijos, con la elección ya hecha para todo el mundo, con la radio que vocea y juzga para todo el mundo, y la televisión que substituye al pensamiento de cada uno. En algunas sociedades, como la americana, el lejano origen puritano está asociado con el complejo del hijo de la gallina blanca en una sociedad de inmigrantes, de manera que la libertad, real o aparente, al nivel político, se asocia con el espíritu conformista, más acentuado en el nivel social. En ninguna sociedad puritana, donde el individuo juzga los textos sagrados con una lectura directa de la Biblia, el individuo se atrevería a comportarse de manera diferente a como se comporta, habla y juzga su vecino. En El enemigo del pueblo de Ibsen, no hay más que un solo individuo que no está de acuerdo, y se descubre que se trata de un borracho. O bien se descubre que obra contra la american way of life, y ya no sólo es un bandido, como si fuera en efecto un enemigo de la religión y de Dios, sino que ni siquiera se desea que se pueda sospechar que uno haya tenido relaciones con los amigos de los amigos de semejante mala pécora.

La libertad, aunque de maneras diferentes, está igualmente repartida en el mundo: los pueblos que política y socialmente son menos libres, muy a menudo lo son más individual y psicológicamente. Por lo tanto, según la medida de la psicología individual, son menos inarmónicos y más sociables: y en la misma medida en que humanamente son más autosuficientes, no son sociables. Al contrario, los pueblos en que los individuos son insociables, están obligados a hacerse sociables, por la dificultad de resolver la relación de la convivencia de los individuos entre ellos: en efecto, resuelven ese problema, o como los pueblos anglosajones, por medio de reglas de costumbre que no es posible infringir (según el dicho anglosajón: *It ins't done*), o como el pueblo alemán, por medio de la organización desde arriba y en el Estado.

Sin embargo, esto aclara la razón por la que nos encontramos ante una psicología de grupo de la nueva generación, que la generación de nuestros padres no conocía. Estos se criaban en una pequeña ciudad de provincia, donde el paso del hombre adulto había resonado muchas veces, durante el acostumbrado paseo vespertino con sus amigos, sobre las mismas piedras y la misma estrecha calleja, donde ya habían resonado las alegres carreras del niño. Alguna vez ya se perfilaba ante los ojos del hombre adulto, al regresar por la noche a su casa, la lápida en la casa que lo había visto nacer. Otra vez, el recuerdo de la tertulia de sus amigos ya ancianos, que habían sido sus compañeros de juegos en su infancia, acompañaba la actividad del hombre político, literato trasladado a la ciudad más grande; y le proporcionaba la seguridad, y casi le animaba, en la búsqueda de la notoriedad y hasta de la fama, así como constituía la meta codiciada durante toda su vida por el emigrante que abandonaba las comodidades, las relaciones nuevas, alguna vez los frutos esperados de su actividad en la tierra lejana, para regresar al pueblecito natal entre los pocos compañeros todavía sobrevivientes y los viejos muros.

La nueva generación ya no tiene, y no sólo físicamente, la seguridad de aquellas viejas piedras y el consentimiento de las voces antiguas y nuevas a través de las calles de la ciudad donde ya crecieron y donde hubieran vivido nuestros padres, hasta su respetable vejez. Sin embargo, quien tiene bajo sus pies la firmeza fundamental de algunos principios sencillos, no sofisticados ni disputados, puede hacerse libremente crítico de las costumbres, y de la costumbre, de su gente. Por eso también aquel mundo, que se apoyaba sobre un *standard* indiscutido de valores, por lo cual el revolucionario concordaba, en lo más hondo de su corazón, con la colección de retratos de sus antepasados en la galería de familia, era el mundo que ya conocieron nuestros padres, en que no se permitía llevar ningún uniforme, en que el centinela estaba alerta a la puerta del cuartel, según quería el dicho itálico y latino, "para prohibir la entrada al buen sentido", en que la sospecha de sólo uno acerca de su honradez traía consigo la jubilación del hombre político, y el orgullo de la independencia del individuo

arriesgaba rayar en la retórica del marqués de Posa en las escenas del teatro. Esta diferencia y este despego actuaron de manera que, en un mundo receloso antes de tiempo y reaccionario, los viejos sobrevivientes de una generación libre (casi se pudiera decir, los testigos póstumos de una sociedad y un mundo libres) aparecieron en los congresos de los partidos renovados y en los parlamentos (imitaciones casi farsantes de los parlamentos de un tiempo para cubrir el gibierno que se ejercite fuera del parlamento, en los partidos), ya no enfants, sino vieillards terribles, ante una generación de jóvenes ya encanecidos en el seno materno.

En efecto, en una sociedad semejante, el individuo no puede nada fuera de su partido, el partido no puede nada fuera de su dirección, y ésta no puede nada si el partido no está apoyado en un Estado. Y ya estamos en el punto en que los Estados mismos ya no existen, si no apoyan al uno o al otro de los dos grupos en lucha. El joven que se ha criado en parecida sociedad, ya no tiene un standard de valores sobre el que apoyarse, ni una seguridad ético-social de principios, más aún que una seguridad material. Las rápidas mudanzas de nuestro tiempo (como ya en el tiempo del Rouge et noir de Stendhal, pero en proporciones y profundidad mucho mayores), las interferencias de los sistemas de valor diferentes, la falta de correspondencia de cada uno de ellos, y en primer lugar, de los que se repiten con términos y nombres tradicionales, que sin embargo ya recubren bajo aquella bandera una mercancía en que nadie podría confiar, toda es a inseguridad, moral e ideal más bien que material, trae consigo el perfilarse de una psicología de grupo, que obra de manera que el individuo busque apoyo y consuelo en la opinión de la masa. Es la misma psicología por la cual al ir a la guerra en los albores de la crisis, Renato Serra escribía que quería marchar junto.

Para mirar en seguida el envés de la medalla que hasta ahora (y no era ésa mi intención) parece haber sido vista sólo por su lado negativo, nos encaminamos, en el campo de la moral como en otros campos, hacia una ética de la solidaridad, en que se ensalzan todos los valores de que parecía carecerse en la civilización nacional-individualístico-liberal.

En general, parece que una época crítica es sustituida en la moral y política como en otros campos, por una época orgánica, en que las antinomías, igual que las categorías del siglo XIX, aparecen superadas, tanto en el terreno crítico-filosófico, como en el político-sociológico.

Una vez más, la humanidad está pasando por una crisis, por cierto mucho más honda de la que ya pasó a fines del mundo antiguo o en cualquiera otra época, y está absorta en la trabajosa reconstrucción de una nueva relación armónica del individuo con la sociedad y de un arreglo nuevo de la posición del hombre en el universo.

Esta tarea se presenta como la reconstrucción de un *standard* de los valores, que ya no aparezca limitado a cada una de las naciones singularmente o a las diversas corrientes de la civilización en el mundo, sino que se ensanche a todo el mar de la humanidad.

Sin embargo, en la misma proporción en que será restablecido ese standard de valores, hemos de tener confianza que se haga sentir, junto al sentido de la socialidad, el gusto y amor renovados de la privacy.

También a ese respecto, parece que la arquitectura indique el sentido de ese desarrollo, ya que por un lado parece que se haga internacional, o uniforme, sobrepasando las fronteras de naciones y civilizaciones diferentes; por otro lado, parece devolver al hombre, ya concentrado en las ciudades, el sentido del espacio, ensanchando y en cierto sentido derrotando a la ciudad (mientras al mismo tiempo aparece sobrepasado el 'campo'), llevando al individuo hacia la naturaleza, restableciendo una relación armónica entre la velocidad y el espacio, entre la ciudad (o el trabajo) y la

soledad (o el campo), haciendo posible al hombre traer el trabajo de los hombres a su soledad, y llevar el ocio y humanidad de la soledad a su trabajo.

Lo que aquí decimos de la arquitectura, que se ha definido 'orgánica', es la tarea de la sociedad y época nuevas, que serán sociales porque crearán alrededor de cada individuo como una gota de aire que pueda respirar en este nuestro mundo, que se hizo repentinamente demasiado estrecho y tirante; y sabrá dar, no sólo más ocio a cada uno, o más tiempo libre, sino que también sabrá crear en cada uno más intereses para que sepa emplear como hombre su tiempo libre.

En la época que nos espera, los descubrimientos de la ciencia hasta ahora adquiridos o que ya se anuncian, no podrán dejar de dar, como en el Renacimiento, el gusto de las cosas, es decir el gusto de una ampliación de nuestro saber positivo y a la vez de un plan de nuestro saber, casi un novum organum de augmentis scientiarum. Así, las categorías y los conflictos y antinomías de las escuelas históricas de la filosofía aparecen como cosas sobrepasadas y a menudo ridículas, aunque algunas veces se disfracen con las armaduras y herramientas de la época nueva.

En el centro queda la posición nueva del hombre en relación con el universo. Una época en que le ha sido posible al hombre fotografiar la tierra desde muchos centenares de kilómetros, no puede carecer de influencia, no sólo sobre su ethos, sino también sobre su filosofía. Creemos contemporánea con nuestro tiempo una filosofía de la libertad. Ella es, al mismo tiempo, una filosofía de la modestia.

control de ese la composição de ese la control de la contr